

## 14. Vagabundos y fluctuantes

En el año 1999, la sonda espacial *Mars Climate Orbiter*, diseñada y enviada para estudiar el clima del planeta Marte, se desintegró porque cayó demasiado cerca de la atmósfera del planeta. Esto ocurrió porque en la fase de programación se cometió un error de cálculo en los datos, un error bastante banal.

Es un buen ejemplo para aclarar lo que decía ayer a propósito del significado de los términos “error” y “errar”. Ahora concebimos el error como algo puntual, matemático, como cuando se comete un error de cálculo. Y es verdad que en matemática, al menos en la teoría, el error se reduce a esto y puede ser corregido sencillamente rehaciendo el cálculo. Pero en latín, como decía, “errar” significa equivocarse el camino, y esto no es un error puntual, pero conlleva una dimensión de tiempo y de espacio “errados”, en los que se falla, se extravía, en los que se está perdidos. El ejemplo de la sonda de la NASA que debía estudiar el clima de Marte es un buen ejemplo de cómo también un error puntual, matemático, puede conllevar una trayectoria equivocada, por lo tanto, perder el camino, con consecuencias desastrosas si no se corrige a tiempo la dirección y la velocidad.

Pero lo que me interesa subrayar, y que me parece útil para nuestro camino, es cuán importante es en nuestra vida distinguir entre los errores puntuales, las caídas, y las pérdidas del camino. Un error puntual no es en sí tan grave, y puede ser reparado simplemente reconociéndolo y pidiendo perdón. En los exámenes finales de madurez, en el examen escrito de matemáticas, cometí un error de cálculo que, sin embargo, en el examen oral mostré que sabía corregir, y así recibí en matemáticas la nota máxima. Es como cuando nos caemos: nos podemos hacer daño, pero normalmente nos podemos levantar con presteza. Un error, una caída, no definen necesariamente el camino de nuestra vida. Nos podemos levantar y seguir el camino, quizá con más atención y humildad.

Pero hay errores que nos hacen perder el camino, sobre todo los errores repetidos, no reconocidos, o que no tomamos suficientemente en serio. Las caídas puntuales, basta con que nos levantemos o que alguno nos ayude a levantarnos, y todo listo. Cuando nos encontramos en una ruta equivocada, la ayuda que necesitamos no es solo la de una mano que nos pone en pie, sino una guía, un pastor que nos acompañe, que nos enseñe el camino justo. Esta es la misericordia de la que hablábamos ayer citando los salmos: “Enseñaré a los errantes tus caminos, los pecadores volverán a ti” (Sal 50,15).

Esta es sobre todo la misericordia para los errantes de la que nos habla san Benito en la Regla, cuando describe la tarea del abad y de la comunidad, o nos pide humildad para seguir los preceptos y las admoniciones del Padre y Maestro que nos llama a seguirlo para volver a la casa de Dios (cfr. Pról. 1-2).

¿Pero cómo muestra el camino justo el buen pastor descrito en el capítulo 27 de la Regla y que el abad está llamado a imitar? ¿Qué hace con la oveja que estaba errante, perdida (*quae erraverat*)?

Fijémonos que en este capítulo, el hermano rebelde y “delincuente” es llamado también “fluctuante” “*frater fluctuans*” (cfr. Rb 27,3). No es solo errante, sino también inestable, vacilante, como un naufrago que está en medio del mar sobre una tabla de madera, y que sube y baja según las ondas, las olas, como un pedazo de corcho. Quien es fluctuante, es

como si no tuviese estabilidad en sí mismo, ni en la comunidad ni en Dios y que, por lo tanto, sufre pasivamente todos los movimientos de las circunstancias exteriores.

Quizá el hombre de hoy es más “fluctuante” que “vagabundo”, porque la cultura de Internet presta constantemente su atención sobre la superficie de las miles de ondas de información, de la novedad, y no tiene ya espacios y tiempos en los que no “flota”, no hace “surf” sobre las olas superficiales y virtuales de la realidad. Ya no se nos educa para tener un puerto en el que detenerse, para arrojar el ancla que nos fije y establezca con profundidad. En las comunidades encuentro muchos *fratres y sorores fluctuantes*, a los que les cuesta estarse parados, por ejemplo, para dedicarse a la *lectio divina*, a la meditación, a la adoración, a detenerse ante Dios, y ante los demás, para escuchar, profundizar, esperar la venida del Verbo.

Ya estamos todos envueltos en esta “cultura fluctuante”, en Europa, en América, pero también en Asia y en África, y hemos de hacer las cuentas con ella, y ayudarnos a comprender cómo recuperar y vivir una estabilidad monástica del corazón, a pesar del aire que respiramos.

Pero aunque sea “vagabundo” o “fluctuante”, san Benito nos anuncia que, en el fondo, la salvación del hombre está solo y siempre en Jesucristo, el buen Pastor, que ha venido y viene continuamente a buscar las ovejas perdidas, se compadece de ellas y las lleva al rebaño cargadas sobre sus hombros. Quien está sobre los hombros de Cristo ya no está perdido, y tampoco “fluctuante”, sino que participa de Su estabilidad y hace un camino con Él.

Por lo tanto, el abad, escribe Benito, “imite también el misericordioso ejemplo que da el buen pastor, quien, dejando en los montes las noventa y nueve ovejas, se va en busca de una sola que se había extraviado; cuyo abatimiento le dio tanta lástima, que llegó a colocarla sobre sus sagrados hombros y llevarla así consigo otra vez al rebaño.” (RB 27,8-9)

San Benito contempla aquí a Jesús, su caridad, su Corazón compasivo. Lo hace a partir del pasaje del Evangelio donde se habla del Buen Pastor. Piensa en el capítulo 10 de Juan, en la parábola de Lucas 15,4-7 y de Mateo 18,12-14. Pero se percibe que Benito no está solo recordando los pasajes bíblicos. Benito está *mirando* a Jesús, se fija en Él con atención. Su *lectio divina*, su rumiar estas páginas del Evangelio, se convierte en mirada sobre Cristo. Es como si mirase un icono del buen Pastor y por esto describe la escena con veneración, con adoración. No habla solo de “pastor”, sino de “buen Pastor”; no dice solo que es un ejemplo, sino un “*pium exemplum*”, un ejemplo de piedad, de misericordia; no habla solo, como Lucas, de los hombros del pastor, sino de “sus sagrados hombros – *sacris humeris suis*”. Después prefiere que las 99 ovejas sean dejadas “en los montes” como describe Mateo, más bien que “en el desierto”, como escribe Lucas, quizá para hacer la imagen más familiar, más real para los monjes de sus regiones. En fin, hace llevar a la oveja perdida “al rebaño”, detalle que no se menciona en los Evangelios.

Todo esto quiere decir que Benito ha meditado largamente la escena, que la ha meditado con toda su capacidad de imaginación y de identificación. La ha meditado incluso con devoción, con veneración, con adoración, porque en ella ha mirado al Señor Jesucristo, su presencia y su vida, su caridad. San Benito la ha contemplado consciente de ver a Dios y a su amor en la obra para salvar al hombre.